

en punto á pintura, más que cuadros domésticos y simulaciones. Pregúntese á una cocinera qué cuadro prefiere del Museo; señalará una cocina donde las cacerolas están tan bien hechas que dan tentaciones de calar allí la sopa. Sin embargo, por encima de esa inclinación, que hoy es europea, tienen una necesidad particular, que es nacional en ellos, y se remonta al siglo precedente: quieren que la novela contribuya, como todo, á su gran obra, á la mejora del hombre y de la sociedad. La piden la glorificación de la virtud y la flagelación del vicio. La envían á todos los rincones de la sociedad civil y á todos los sucesos de la historia privada en busca de documentos y de expedientes, para aprender de ella la manera de remediar los abusos, de aliviar las miserias, de prevenir las tentaciones. Hacen de ella un instrumento de investigación, de educación y de moral. Singular obra, que en toda la historia no tiene semejante, porque en toda la historia no ha habido sociedad semejante, y que, mediocre para los amantes de la belleza, admirable para los amantes de lo útil, ofrece, en la variedad innumerable de sus pinturas y en la fijeza invariable de su espíritu, el cuadro de la única democracia que sabe contenerse, gobernarse y reformarse.

## IV

Al lado de ese desarrollo había otro, y al par que la historia, penetraba la filosofía en la literatura para agrandarla y alterarla. Se la veía allí por todas partes, á la entrada como en el centro. A la entrada había implantada la estética; cada poeta, hecho un teó-

rico, definía la belleza antes de producirla, sentaba principios en su prólogo y no inventaba sino con arreglo á un sistema preconcebido. Pero el ascendiente de la metafísica era mucho más visible aún en el centro de la obra que á la entrada, porque no sólo prescribía á la poesía su forma, sino que la suministraba su fondo. ¿Qué es el hombre y qué viene á hacer á este mundo? ¿Cuáles son esas grandezas lejanas á que aspira? ¿Hay un puerto que pueda alcanzar, y una mano oculta que le conduzca hacia ese puerto? Tales son las cuestiones que los poetas, transformados en pensadores, agitaban de consuno; y Goethe, aquí como siempre, padre ó promotor de todas las altas ideas modernas, escéptico, panteísta y místico á un tiempo junto, escribía en su *Fausto* la epopeya del siglo y la historia del espíritu humano. ¿Necesito decir que en Schiller, Heine, Beethoven, Hugo, Lamartine y Musset, el poeta, al través de su persona particular, hace hablar siempre al hombre universal? Los personajes que han creado desde *Fausto* hasta *Ruy Blas*, no les han servido más que para manifestar alguna gran idea metafísica y social, y multitud de veces esa idea demasiado grande, rompiendo su estrecha envoltura, ha rebasado los límites de toda verosimilitud humana y de toda forma poética para desplegarse á la vista de los espectadores. Tal fué el imperio del espíritu filosófico, que después de haber violentado la literatura, impuso á la música ideas humanitarias, infligió á la pintura intenciones simbólicas, penetró en la lengua corriente, y vició el estilo con un aluvión de abstracciones y de fórmulas de que ya no consiguen hoy librarnos todos nuestros esfuerzos. Como un hijo demasiado robusto que se desprende de su madre hiriéndola, ha retorcido las nobles formas que trataron de contenerle,



y arrastrado la literatura al través de una agonía de angustias y de esfuerzos.

No es aquí donde tenía su patria, y de Alemania á Inglaterra fué muy larga la travesía. Durante mucho tiempo pareció peligroso ó ridículo. «Todo lo que se sabía de Alemania (1) es que era un vasto país, poblado de húsares y de editores clásicos; que si ibais allí, veríais en Heidelberg un tonel muy grande y podríais saborear excelente vino del Rhin y jamón de Westfalia.» En cuanto á los escritores, parecían muy pesados y desmañados. «Un alemán sentimental parece un matarifote gimiendo por un ternero sacrificado.» Si al fin acaba por entrar su literatura, primero por el atractivo de los dramas extravagantes y de las baladas fantásticas, después por la simpatía de las dos naciones, que aliadas contra la política y la civilización francesas, reconocen su fraternidad de lengua, de religión y de corazón, la metafísica alemana se queda á la puerta sin poder derribar la barrera que le oponen la religión nacional y el espíritu positivo. Se la ve intentar el paso en Coleridge, por ejemplo, teólogo filósofo y poeta soñador, que se esfuerza por ensanchar el dogma oficial, y que al fin de su vida, hecho una especie de oráculo, procura desentrañar y desvelar en el regazo de la Iglesia, ante algunos discípulos fieles, el cristianismo del porvenir. No lo consigue; los espíritus son demasiado positivos, los teólogos demasiado esclavos. Se ve obligada á transformarse y hacerse anglicana, ó á deformarse y hacerse revolucionaria, y en vez de un Schiller y de un Gœthe, producir espíritus como Wordsworth, Byron y Shelley.

(1) *Revista de Edimburgo*, Junio de 1810.

El primero, nuevo Cowper, con menos talento y más ideas que el otro, fué un hombre interior por excelencia, es decir, preocupado de los intereses del alma. «¿Qué he venido á hacer á este mundo, y para qué destino se me ha dado esta vida? ¿Soy justo ó no? E independientemente de los pasos visibles de mi conducta, ¿son conformes á la ley suprema los movimientos secretos de mi corazón?» He ahí el pensamiento cardinal que hace serios, meditabundos y ordinariamente tristes á los hombres de esta clase (1). Viven *con los ojos vueltos hacia el interior*, no para notar y clasificar sus ideas como fisiólogos, sino para aprobar ó censurar sus sentimientos como moralistas. Comprendida así, la vida llega á ser un asunto grave, de solución incierta, sobre el cual hay que reflexionar continuamente y con escrúpulo. Comprendido así, el mundo cambia de aspecto; no es ya una máquina de rodajes engranados, como dice el sabio, ni una magnífica planta floreciente, como siente el artista: es obra de un ser moral expuesta ante los ojos de los seres morales.

Representémonos un hombre semejante enfrente de la vida y del mundo; mira ambas cosas y toma parte en ellas, al parecer como cualquier otro; pero en el fondo, ¡qué diferente es! Su gran pensamiento le persigue, y cuando contempla un árbol es para meditar sobre el destino humano. Descubre ó cree descubrir un sentido en los menores objetos: un soldado que marcha al son del tambor le hace reflexionar en la abnegación heroica, sostén de las sociedades; una orla de nubes que duermen pesadamente al borde

(1) Nuestros jansenistas, los puritanos y los metodistas son los extremos de este grupo.



de un cielo pálido, le comunica esa melancolía tranquila, tan á propósito para sostener la vida moral. No hay nada que no le recuerde su deber y no le hable de sus orígenes. De cerca ó de lejos, su filosofía aparecerá detrás de todas sus ideas y de todas sus imágenes, como en un paisaje una gran montaña. Le aparecerá entre tempestades y relámpagos si se halla inquieto, apasionado y agitado por escrúpulos, como los verdaderos puritanos, como Pascal, Cowper, Carlyle. Le aparecerá en una neblina gris, imponente y tranquila, si goza como éste de un alma reposada y de una vida dulce. Wordsworth es un hombre juicioso y feliz, pensador y soñador, que lee y se pasea. Le vemos disfrutar de una condición independiente y de una fortuna desahogada en el seno de un matrimonio tranquilo, entre los favores del gobierno y los respetos del público. Vive tranquilamente á orillas de un bello lago, enfrente de nobles montañas, agradablemente retirado en una casa elegante, entre las admiraciones y la solicitud de amigos distinguidos y escogidos, ocupado en contemplaciones que ninguna borrasca viene á turbar, y en poesía cuya expansión ninguna dificultad entorpece. En medio de esa gran calma se oye pensar á sí mismo; la paz es tan grande en él y en torno de él, que puede percibir lo imperceptible. «La más humilde flor que se abre (dice) puede excitar en mí sentimientos demasiado profundos para esparcirse en lágrimas.» Ve grandeza, belleza, lecciones en los sucesos ínfimos que constituyen la trama de nuestros días más insignificantes. No necesita para conmoverse de espectáculos espléndidos ni de acciones extraordinarias. El gran resplandor de las arañas y la pompa teatral le ofenderían; sus ojos son demasiado delicados; están acostumbrados á las tintas dulces y uni-

formes. Es un poeta crepuscular. La vida moral en la vida vulgar: he ahí su objeto, el objeto de sus preferencias; suprime de propósito todo lo que agrada á los sentidos para no hablar más que al corazón.

De ese carácter nació una teoría, su teoría del arte, enteramente espiritualista, que, después de sublevar á los hábitos clásicos, acabó por atraer las simpatías protestantes, y le ganó tantos adeptos como enemigos le había suscitado (1). Puesto que lo único importante es la vida moral, consagrémonos únicamente á mantenerla. Es menester conmover al lector verdaderamente y en bien de su alma; lo demás es indiferente: mostrémosle, pues, los objetos conmovedores en sí mismos, sin pensar en ataviarlos con un bello estilo. Despojémonos del lenguaje convencional y de la dicción poética. Dejemos á un lado las palabras nobles, los epítetos de escuela y de corte, y todo ese aparato de esplendor ficticio que los escritores clásicos se creen obligados á usar y autorizados á imponer. En poesía, como en todas las cosas, lo importante no es el adorno, sino la verdad. Dejémonos de ostención, y busquemos el efecto. Hablemos en estilo liso y llano, todo lo semejante posible á la prosa, á la conversación ordinaria, y escojamos los asuntos cerca de nosotros, en la vida humilde. Tomemos por personaje un niño idiota, una campesina anciana que tiritita, un buhonero, una criada detenida en la calle. Lo que constituye la belleza del asunto es el sentimiento verdadero, no la dignidad de los personajes; y el sentimiento verdadero, no la dignidad de las palabras, es lo que constituye la belleza de la poesía. ¿Qué importa que sea una lugareña quien llora, si esas lágrimas me hacen ver

(1) Prólogo de la segunda edición de las *Lyrical Ballads*.



el sentimiento maternal? ¿Qué importa que mi verso sea una línea de prosa rimada, si esa línea hace visible una emoción noble? Vosotros nos leéis para llevaros emociones, no frases; venís á buscar en nosotros una cultura moral, no formas bonitas de expresión.— Y tras esto Wordsworth, clasificando sus poemas según las diversas facultades del hombre y las diferentes edades de la vida, trata de conducirnos por todos los compartimentos y todos los grados de la educación interior hasta las convicciones y los sentimientos que él mismo ha alcanzado.

Todo eso está muy bien, pero á condición de que el lector sea, como él, filósofo moralista por excelencia y hombre sensible con exceso. Cuando yo haya limpiado mi cabeza de todos los pensamientos mundanos, y cuando haya mirado á las nubes durante diez años para afirmar mi alma, gustaré esa poesía. Entre tanto, la red de hilos imperceptibles con que Wordsworth procura unir todos los sentimientos y abarcar toda la naturaleza se rompe entre mis dedos: es demasiado endeble; es una tela de araña tegida por una imaginación metafísica, y que se desgarrá cuando trata de palparla una mano sólida. La mitad de sus composiciones son infantiles, inocentes (1): cosas triviales en un estilo trivial, nulidad sobre nulidad, y por principio. Todas las poéticas del mundo no nos reconciliarán con tanto aburrimiento. Cierto que un gato que juega con tres hojas secas puede sugerir una reflexión filosófica, y figurar el hombre sabio «que juega con las hojas caídas de la vida»; pero ochenta versos sobre eso hacen bostezar, y, lo que es peor, sonreír. A

(1) *Peter Bell, The White doe, The Kitten and the Falling leaves, etc.*

esa cuenta se descubrirá una lección en un cepillo de dientes gastado, que, á pesar de todo, sigue prestando sus servicios. Sin duda también, las vías de la Providencia son insondables, y un patán egoísta como Peter Bell puede ser convertido por la bella conducta de un asno lleno de fidelidad y de abnegación; pero esos primores sentimentales no tardan en ser empalagosos, y llegan á serlo más por la candidez deliberada del estilo. No agrada mucho ver á un hombre grave imitar seriamente el lenguaje de las nodrizas, y se dice por lo bajo que con enternecimientos tan frecuentes debe empapar muchos pañuelos. Reconoceremos, si queréis que vuestros sentimientos son interesantes; aun así, podríais dispensaros de hacérselos pasar revista á todos. «Ayer leí *El Perfecto pescador* de Walton; soneto.—El domingo de Pascua estaba en un valle del Westmoreland; otro soneto.—Antes de ayer, con preguntas demasiado apremiantes, hice mentir á mi chiquitín; poema.—Voy á pasearme por el continente y por Escocia; poesías sobre todos los incidentes, monumentos y documentos del viaje.» Pero ¿es que juzgáis tan preciosas vuestras impresiones que las ponéis todas entre cristales? No hay más que tres ó cuatro cosas en la vida de cada uno de nosotros que valgan la pena de contarse; nuestras grandes sensaciones merecen ser mostradas, porque resumen todo nuestro ser, pero no los efectos leves de las ligeras impresiones que pasan por nosotros y las oscilaciones imperceptibles de nuestro estado cotidiano. De otro modo, yo acabaré por explicar en verso que mi perro se rompió ayer una pata, y que mi mujer se puso las medias al revés esta mañana. Lo privativo del artista es vaciar las grandes ideas en moldes tan grandes como ellas; los de Wordsworth son de barro



ordinario, desportillados, incapaces de guardar el metal precioso que deben contener.

Pero el metal es verdaderamente precioso, y, además de varios sonetos muy bellos, hay obra suya, como la más vasta, *Una excursión*, en que se olvida la pobreza de la forma para admirar la castidad y la elevación del pensamiento. A la verdad, el poeta no hace gran derroche de imaginación; se pasea y habla con un piadoso buhonero escocés: esa es toda la historia. Siempre los poetas de esta escuela se pasean contemplando la naturaleza y pensando en el destino humano: es su actitud permanente. Conversa, pues, con el buhonero, personaje meditabundo, que se ha instruido en una larga experiencia de los hombres y de las cosas, que habla muy bien (¡demasiado bien!) del alma y de Dios, y le cuenta la historia de una buena mujer muerta de pena en su cabaña; luego con un solitario, especie de Hamlet escéptico, taciturno, entristecido por la muerte de los suyos y las decepciones de sus largos viajes; después con el pastor, que los lleva al cementerio de la aldea y les describe la vida de varios muertos interesantes. Nótese que, al par, menudean con profusión las reflexiones y las discusiones morales, los paisajes y las descripciones morales, que las disertaciones entretejen sus largos setos de espinas, y que los cardos metafísicos pululan en todos los rincones. En resumen: el poema es grave y deslavazado como un sermón. Pues bien; á pesar de ese aire eclesiástico y de las declamaciones contra Voltaire y su siglo, se nos impone como un discurso de Teodoro Jouffroy. Después de todo, ese es un hombre convencido; ha pasado la vida meditando en esa clase de ideas, que son la poesía de su religión, de su raza y de su clima; se halla imbuido en ellas; sus pinturas, sus relatos, todas

sus interpretaciones de la naturaleza visible y de la vida humana, no tienden más que á colocar el espíritu en la disposición grave propia del hombre interior. Yo entro aquí como en el valle de Port-Royal: un rincón solitario, aguas estancadas, bosques sombríos, ruinas, piedras tumulares, y por encima de todo la idea del hombre responsable y del oscuro *más allá*, hacia el cual nos encaminamos involuntariamente. Olvido nuestra despreocupación francesa, nuestro hábito de dejar correr la vida. En esa reflexión tan sincera hay una seriedad imponente, una austera belleza; surge el respeto, se para uno y se siente impresionado. Ese libro es como un templo protestante, augusto, aunque desnudo y monótono. Lo que expone son los grandes intereses del alma, lo que expone «es la verdad, la grandeza, la belleza, la esperanza, el amor, el temor melancólico subyugado por la fe, los consuelos benditos en los días de angustia, la fuerza de la voluntad y el poder de la inteligencia, las alegrías esparcidas por la amplia comunidad de los seres, el espíritu individual que mantiene su retiro inviolado, sin admitir en él otros soberanos que la conciencia y la ley suprema de esa inteligencia que lo gobierna todo». Esa persona inviolable, única porción santa del hombre, es santa en todos los grados de la escala social; por eso elige Wordsworth como personajes un buhonero, un cura, rústicos; á sus ojos, la condición, la educación, el traje, toda la envoltura mundana del hombre carece de interés; lo que constituye nuestro valor es la integridad de nuestra conciencia; la ciencia misma no es profunda más que cuando penetra hasta la vida moral: porque en ninguna parte falta esa vida. «A todas las formas de ser se halla asignado un principio activo; aunque fuera del alcance de los sentidos y de



la observación, subsiste en todas las cosas, en las estrellas del azulado cielo, en las guijas de los arroyos, en las aguas móviles, en el aire invisible. Toda cosa tiene propiedades que trascienden de ella, y comunican el bien, bien puro ó con mezcla de mal. El espíritu no conoce ningún lugar aislado, ningún vacío, ninguna soledad. Circula de eslabón en eslabón, y es el alma de todos los mundos.» Rechazad, pues, con desdén esa ciencia seca «que divide y subdivide los objetos con separaciones incesantes, que no los ve más que muertos y sin alma y destruye toda grandeza.» «Más vale un rústico supersticioso que un sabio frío.» Por encima de las vanidades de la ciencia y del orgullo del mundo está el alma por la cual todos son iguales; y la gran vida cristiana é íntima abre en seguida sus puertas á cuantos quieren penetrar en su seno. «Expuesto se halla el sol y expuesta está la magnificencia infinita del cielo al alcance de toda mirada humana. El Océano murmura para todo oído. El campo en la primavera derrama una fresca voluptuosidad en todos los corazones. Los deberes primeros brillan allá arriba como los astros. Las ternuras que calman, acarician y bendicen están esparcidas á los pies de los hombres como flores.» De igual manera, al fin de toda agitación y de toda investigación aparece la gran verdad que es compendio de todas las restantes. «La vida, la verdadera vida, es la energía del amor divino ó humano ejercitada en las penalidades, en las tribulaciones y destinada, cuando ha sufrido su prueba y recibido su consagración, á pasar al través de las sombras y el silencio del reposo, á la alegría eterna.» Los versos acompañan esos graves pensamientos con su grave armonía; parecen como un motete acompañando una meditación ó una oración. Se asemejan á la música

grandiosa y monótona del órgano, que al anochecer, al fin del culto, se propaga lentamente en medio de la penumbra de los arcos y pilares.

Cuando una forma de espíritu sale á luz, brota á luz por todos lados, no hay partido en que no aparezca, ni instintos que no renueve. Entra á la vez en los dos campos contrarios, y parece deshacer con una mano lo que ha hecho con la otra. Si es, como en otro tiempo, el estilo oratorio, se le encuentra á la par al servicio de la misantropía cínica y al servicio de la humanidad decorosa, en Swift y en Addison. Si es, como ahora, el espíritu filosófico, produce á la vez predicaciones conservadoras y utopías socialistas; Wordsworth y Shelley (1). Este, uno de los poetas más grandes del siglo, hijo de un rico baronnet, hermoso como un ángel, de una precocidad extraordinaria, dulce, generoso (2), tierno, colmado de todos los dones del corazón, estropeó su vida transportando á su conducta la imaginación entusiasta que hubiese debido guardar para sus versos. Desde su nacimiento tuvo «la visión» de la belleza y de la felicidad sublimes, y la contemplación del mundo ideal le puso en guerra contra el mundo real. Habiéndose negado en Eton á ser criado de los escolares mayores, fué tratado por los alumnos y por los maestros con una crueldad odiosa; se dejó martirizar, se negó á obedecer, y, replegado en sí mismo entre lecturas prohibidas, empezó á forjar los sueños más desmedidos y poéticos. Juzgó á la sociedad por la opresión que él sufría, y al hombre por la generosidad que él sentía en sí mismo; creyó

(1) Véanse también las novelas agresivas y socialistas de W. Godwin, sobre todo *Caleb Williams*.

(2) Adquirió una vez una oftalmía, visitando cabañas insalubres.



que el hombre era bueno y la sociedad mala, y que no había más que suprimir las instituciones establecidas para hacer de la tierra «un paraíso». Se hizo republicano y comunista; predicó la fraternidad, el amor, hasta la abstinencia de la carne, y, como medio, la abolición de los reyes, de los sacerdotes y de Dios (1). Júzguese de la indignación que tales ideas promovieron en una sociedad tan tenazmente apegada al orden establecido, tan intolerante, donde, por encima de los instintos conservadores y religiosos, hablaba el *cant* como soberano. Fué expulsado de la universidad; su padre se negó á verle; el canciller, por un decreto, le quitó la tutela de sus dos hijos por indigno; al fin tuvo que marcharse de Inglaterra. Me olvidaba de decir que á los diez y ocho años se casó con una muchacha del pueblo, que se separaron, que ella se mató, que él minó su salud á fuerza de exaltaciones y de angustias (2), y que hasta el fin de su vida estuvo nervioso ó enfermo. ¿No es esa una verdadera vida de poeta? Con los ojos fijos en las magníficas apariciones de que poblaba el espacio, marchaba por el mundo sin ver el camino, tropezando en las piedras del trayecto. Ese conocimiento de los hombres, que la mayoría de los poetas tienen en común con los novelistas, no le tenía él. Pocas veces se ha visto un espíritu cuyo pensamiento se cerniese más arriba y más lejos de las cosas reales. Cuando quiso presentar personajes y sucesos, en *La Reina Mab*, en *Alastor*, en *La Rebelión del Islam*, en *Prometeo*, no produjo más que fantasmas sin sustancia. Una sola vez, en *Beatriz Cenci*, reanimó una

(1) *Queen Mab* y notas. En Oxford había publicado un folleto «sobre la necesidad del ateísmo».

(2) Algún tiempo antes de su muerte, á los veintinueve años, decía: «Si yo muriese ahora, habría vivido tanto como mi padre.»

figura viva digna de Webster y del viejo Ford, pero en cierto modo á despecho suyo, y porque allí los sentimientos eran tan intensos é inauditos, que se avenían con sus concepciones sobrehumanas. En todas las demás partes, su mundo está por encima del nuestro. Allí las leyes de la vida están suspendidas ó transformadas; se boga entre cielo y tierra en medio de la abstracción, la quimera y el símbolo; los seres flotan como esas figuras fantásticas que se ven en las nubes, y que ondulan y se deforman caprichosamente en su ropaje de nieve y oro.

Para las almas hechas así, el gran consuelo es la naturaleza. Tienen una sensibilidad demasiado delicada para encontrar una distracción en el espectáculo y la pintura de las pasiones (1). «Shelley se apartaba de ese espectáculo instintivamente; reabría sus propias heridas.» Se encontraba mejor en los buques, á orillas del mar, enfrente de los grandes paisajes. Las peñas, las nubes y las praderas, que parecen inertes é insensibles á los ojos ordinarios, son, para las grandes simpatías, seres vivos y divinos que descansan del hombre. No hay sonrisa virginal tan encantadora como la del alba, ni regocijo más soberano que el del mar cuando sus olas bullen y se estremecen hasta perderse de vista bajo el pródigo esplendor del cielo. Ante ese cuadro el corazón se remonta involuntariamente hacia los sentimientos de la antigua leyenda, y el poeta vislumbra en la floración inagotable de las cosas el alma pacífica de la gran madre por quien todo vejeta y se sostiene. Shelley pasaba la mayor parte de su vida al

(1) Tomo IV, p. 53, notas de mistress Shelley.—Véase un excelente artículo sobre Shelley en la *National Review*, Octubre de 1856.



aire libre, sobre todo en barco, primero en el Támesis, luego en el lago de Ginebra, después en el Arno y en los mares de Italia. «Me gustan (decía) todos los sitios desiertos y solitarios, aquellos en que gustamos el placer de creer infinito lo que vemos, infinito como deseamos que sea nuestra alma. Y tal era aquel dilatado Océano y aquella costa más estéril que sus olas.» Profundo sentimiento germánico que, unido á emociones paganas, produjo su poesía, poesía panteísta al par que reflexiva, casi griega, y, sin embargo, inglesa, donde la fantasía juega como una niña loca y soñadora con la magnífica madeja de las formas y de los colores. Una nube, una planta, una salida de sol son sus personajes; eran los de los poetas primitivos cuando tomaban el relámpago por un ave de llama y las nubes por los rebaños del cielo. Pero ¡qué secreto ardor tras esas espléndidas imágenes, y cómo se siente el calor de la hoguera al través de los fantasmas coloreados que hace flotar sobre el horizonte! (1). ¿Ha habido alguien, después de Shakespeare y Spenser, que haya encontrado éxtasis tan tiernos y tan grandiosos? ¿Ha pintado alguien tan magníficamente la nube que vela de noche en el cielo, envolviendo en su red el enjambre de abejas doradas, que son las estrellas, y «la encendida aurora con sus ojos de meteoro y sus desplegadas alas llameantes, que salta como un águila sobre el lomo de la bogante nube?» Léase también el siguiente pasaje sobre el jardín en que sueña la sensitiva. ¡Ay! Son los sueños del poeta y las venturosas visiones que flotaron en su corazón, virgen hasta el momento en que se abrió y marchitó. Me detendré á

(1) Véase, sobre todo, *The Witch of Atlas*, *The Cloud*, *The Skylark*, el fin del *Islam*, *Alastor* y todo el *Prometeo*.

tiempo; no iré, como él, más allá de los recuerdos de su primavera:

«La campanilla blanca y la violeta salían del suelo impregnadas de tibia lluvia, y su hálito se mezclaba con el fresco olor del césped, como se mezclan la voz y el instrumento.

»Luego las pintadas anémonas, y los altos tulipanes, y los narcisos, las más bellas de las flores, que contemplan sus ojos en las profundidades del río, hasta que los mata el excesivo amor á su belleza.

»Y esa especie de náyade, el lirio de los valles, á quien hace tan bello la juventud, y tan pálido la emoción, que el brillo de sus trémulas campanillas se vislumbra al través de sus pabellones de verde tierno.

»Y el jacinto purpúreo, blanco ó azul, de cuyas campanillas brotaba una lluvia de notas tan delicadas, tan dulces y tan intensas, que dentro del sentido se percibía como un aroma.

»Y la rosa, como una ninfa que se prepara para el baño, descubriendo la profundidad de su seno deslumbrador, hasta que, caído velo tras velo, ante el aire palpitante, quedó al desnudo el alma de su belleza y de su amor.

»Y la erguida azucena, que elevaba al aire su copa iluminada por la luna, hasta que la estrella ardiente, que forma su ojo, miraba al pálido azul del cielo al través del rocío transparente.

»Y sobre la corriente, cuyo inconstante pecho centelleaba entre florido ramaje, deslizábanse resplandores de esmeralda y de oro al través de la bóveda de mezcladas tintas.

»Allí se arrastraban temblorosas anchas ninfeas, y á su lado resplandecían los estrellados nenúfares, y



la suave corriente centelleaba y bailaba con dulces sonidos y dulce irradiación.

»Y los senderos sinuosos de césped y de musgo que atravesaban el jardín en diversos sentidos, unos abiertos al sol y á la brisa, otros ocultos bajo bóvedas de floridos árboles, estaban adornados de margaritas y campanillas delicadas, tan bellas como los fabulosos asfodelos, y de florecillas que, inclinándose á medida que el día declinaba, formaban pabellones blancos, purpurinos y azules, para resguardar al gusano de luz del rocío de la noche.»

Todo vive aquí, todo respira y desea. Este poema, que es la historia de una planta, es también la historia de un alma, el alma de Shelley, la sensitiva. ¿No es natural confundirlas? ¿No hay una comunidad de naturaleza entre todos los seres vivientes de este mundo? Ciertamente hay un alma en cada cosa; la hay en el universo; sea el ser el que quiera, bruto ó racional, definido ó vago, siempre tras su forma sensible luce una esencia secreta y un no sé qué divino que vislumbramos entre relámpagos sublimes, sin alcanzarlo ni penetrarlo nunca. He ahí el presentimiento y la aspiración que elevan toda la poesía moderna, ya á meditaciones cristianas, como acontece en Campbell y en Wordsworth, ya á visiones paganas, como ocurre en Heats y Shelley. Esos poetas oyen palpitar el gran corazón de la naturaleza, quieren llegar hasta él, ensayan todas las vías espirituales ó sensibles, la de Judea y la de Grecia, la de los dogmas consagrados y la de las doctrinas proscritas. En ese esfuerzo magnífico é insensato los más grandes se agotan y mueren. Su poesía, que arrastran consigo por esos caminos sublimes, se desgarran en ellos. Sólo uno, Byron, llega á la cima, y de todos aquellos grandes ro-

pajes poéticos, que flotaban como estandartes y parecían llamar á los hombres á la conquista de la verdad suprema, no se ven ya hoy más que jirones diseminados por el camino.

Esos poetas han hecho su obra, no obstante. Merced á sus multiplicados esfuerzos y á su concierto involuntario, la idea de la belleza cambia, y por contagio van á cambiar las otras ideas. Los conservadores contribuyen á tal fin como los revolucionarios, y lo mismo se trasluce el nuevo espíritu en los poemas que bendicen la Iglesia y el Estado que en los poemas que maldicen el Estado y la Iglesia. Se aprende por Wordsworth y por Byron, por el protestantismo profundizado y el escepticismo instituido, que, en esa organización sagrada que el *cant* protege, hay materia de reforma ó de revolución; que se pueden encontrar otros valores morales que los que la ley timbra y la opinión recibe; que fuera de las confesiones oficiales hay verdades; que fuera de las condiciones respetadas hay grandezas; que fuera de las situaciones regulares hay virtudes; que la grandeza reside en el corazón y en el genio, y que todo lo demás, creencias y acciones, es cosa subalterna. Se acaba de experimentar que, fuera de los convencionalismos literarios, hay una poesía, y eso dispone á pensar que, fuera de los dogmas religiosos, puede haber una fe, y fuera de las instituciones sociales, una justicia. El antiguo edificio se conmueve, y la revolución penetra en él, no por una inundación súbita, como en Francia, sino por infiltraciones lentas. La muralla levantada contra ella por la intolerancia pública se resquebraja y se abre; la guerra empeñada contra el jacobinismo republicano é imperial acaba de concluir por la victoria, y en adelante se puede contemplar las ideas ene-



migas, no ya en concepto de enemigas, sino en concepto de ideas. Se contemplan, y, apropiándolas al país, se importan. Se emancipa á los católicos, se rebaja el censo electoral, se revocan las contribuciones injustas que encarecían los granos, se suavizan las leyes terribles que protegían la propiedad, el reparto del impuesto pesa más cada vez sobre las clases ricas; las antiguas instituciones, organizadas antes en beneficio de una raza, y, dentro de esa raza, en beneficio de una clase, no se mantienen ya más que á condición de redundar en beneficio de todos; los privilegios se convierten en funciones, y, en este triunfo de la clase media que forma la opinión y adquiere el ascendiente, la aristocracia, pasando de las prebendas á los servicios, no parece ya legítima más que en calidad de plantel nacional conservado para suministrar hombres públicos. Al mismo tiempo, la estrecha ortodoxia se ensancha. La zoología, la astronomía, la geología, la botánica, la antropología, todas las ciencias de observación, tan cultivadas y tan populares, hacen penetrar en ella á la fuerza sus descubrimientos disolventes. La crítica, que llega de Alemania, retoca la Biblia, rehace la historia del dogma y ataca al dogma mismo. A todo esto, la pobre filosofía escocesa se ha secado; entre las agitaciones de las sectas que tratan de transformarse y del unitarismo que sube, se oye á las puertas del arca santa retumbar como una marea la filosofía continental. A la sazón ha invadido ya la literatura; desde hace cincuenta años todos los grandes escritores se entregan á la corriente: Sidney Smith, por sus sarcasmos contra la letargia del clero y la opresión de los católicos; Arnold, por sus reclamaciones contra el monopolio religioso del clero y contra el monopolio eclesiástico de los anglicanos;

Macaulay, por su historia y su panegírico de la revolución liberal; Thackeray, atacando á la clase noble en beneficio de la clase media; Dickens, atacando á los dignatarios y á los ricos en beneficio de los pequeños y de los pobres; Currer Bell y mistress Browning, defendiendo la iniciativa y la independencia de las mujeres; Stanley y Jowet, introduciendo la exégesis de allende el Rhin y precisando la crítica bíblica; Carlyle, importando bajo forma inglesa la metafísica alemana; Stuart Mill, importando bajo forma inglesa el positivismo francés; el mismo Tennyson, extendiendo sobre las bellezas de todos los países y de todos los siglos la protección de su diletantismo amable y de sus simpatías poéticas; cada uno, según su talla y su lugar, hundido á profundidades diferentes, todos retenidos al alcance de la ribera por sus preocupaciones prácticas, todos afirmados contra los resbalones por sus preocupaciones morales, todos ocupados, unos con más ardor, otros con más desconfianza, en recibir ó en hacer entrar la ola creciente de la democracia y de la filosofía modernas en su constitución y en su Iglesia, sin deterioro y con medida, para no destruir nada y fecundarlo todo.